



CAMINO A LA AURORA

Catorce veces más allá

UN HÉROE REAL

Gonzalo Antonio Moreno

CAMINO A LA AURORA

Catorce veces más allá

UN HÉROE REAL



Primera edición: diciembre de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Gonzalo Antonio Moreno

ISBN: 978-84-19595-38-6

ISBN digital: 978-84-19595-39-3

Depósito legal: M-29543-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis padres por su esfuerzo y paciencia.

A mis hijos por ser mi inspiración.

A Magaly Flores por su valioso y acertado análisis de la obra.

ÍNDICE

OBJETIVIDAD EN LA SALA.....	11
INGRESO HOSPITALARIO	13
CAMINO A LA AURORA. EL ENCUENTRO	17
CAMINO A LA AURORA. INTERCAMBIO.....	29
EXORCISMO Y DECONSTRUCCIÓN.....	43
HUMILLACIÓN.....	63
EVASIÓN.....	77
SEGUNDA HUMILLACIÓN. SEÑALES.....	85
PEQUEÑO PARAÍSO	103
EL TOCÓN Y EL SUEÑO DE LOS ADN	113
LA LLUVIA DEL <i>ARRANGEUR</i>	129
ENCUENTRO CON EL ABSURDO. PABLO Y LA MUJER DE SUS SUEÑOS.....	141
NUEVO CONSEJO.....	153
TRAICIONES A TUTIPLÉN.....	161
OBSESIÓN, SOLEDAD Y CÍA.....	181
UNA PROVOCACIÓN.....	203
DESPEDIDA Y CIERRE	217
PREÁMBULO DE UNA HISTORIA DE AMOR.....	233
VIAJE A OTRO MUNDO	245

LLEGÓ LA SUERTE	257
EL RESTAURANTE DE LA DUDA.....	273
CECILIA.....	289
PENTESILEA	299
TRATO DE FAVOR	309
UN PROXENETA	333
ORACIÓN ATEMPORAL.....	351
ERMURIO.....	359
SEIS HIJOS.....	373
UN TRASLADO ATÍPICO.....	381
EVACUACIÓN.....	389
MUNDO INTERIOR.....	393
NAVEGACIÓN	407
FEDERIGO	423
UNA LUCHA REAL.....	433
UN MISERABLE.....	449
UN HÉROE.....	463

OBJETIVIDAD EN LA SALA

—Echa para allá.

—Por qué.

—Porque sí.

Era lunes, aunque muy temprano. Ni frío ni calor. El pie por fuera de la sábana lograba mantenerme en calma sobre la bajera tensa como el parche de un timbal. Por suerte, el mecanismo de crecimiento a la espera de trenos me había llevado a vivir una experiencia única sobre el colon. Hacía unos segundos había sentido el contacto con algo parecido a un puzle de innumerables fragmentos unidos con más o menos éxito por una suerte de mecanismo autónomo expuesto a numerosos errores. Había respondido imprudentemente. Estaba envuelto en el territorio de la monocromía interpretable por los sentidos. En plena oscuridad volví a caer en la cuenta de que o hacía por agarrar un poco de hojaldre de arroz y de guiso de ave, o dejaría de tener opciones de salir a ver la ingenuidad de los seres que nunca tendrán miedo a verme, solo porque desconocen que la falta de energía los vuelve deliciosos.

Lo siguiente que recuerdo es hacerme la pregunta ¿de qué sirvió dudar o la incertidumbre?

De repente, el cachopo de ayer me hizo caber mal en aquella especie de acogedora y estrecha cueva, es decir, a querer separarme para siempre de la suerte de pequeña imagen ante el espejo.

El resto de la mañana pasó entre los dedos mientras algo crecía en mí.

Recuerdo perfectamente el hospital. Por su ubicación parecía un bonito espejismo cubierto de paradojas. A eso de las 12 horas y 56 minutos de la tarde, ya en pie sobre el suelo de caucho de la sala de espera más aséptica y agradable que había visto nunca, se acercó a mí un chico joven con un *swaddle* de algodón de muselina en los brazos.

Hacía tiempo de invierno bajo el conducto de aire acondicionado, pero la mayoría vestía manga corta de color hueso, rosa o azul marengo.

El vello de sus antebrazos contrastó casi de inmediato con el blanco de la sábana.

—Mira qué cosa más bonita... —refirió Leo.

El chico me ofreció su vaina. Bien apretado en el interior había, comentan, un recién nacido precioso con los ojos azules muy abiertos.

—Tómalo —refirió con una sonrisa en los labios—. No temas —susurró a continuación. La pequeña forma volvió a estar junto a mí. Sin duda debía de conocer la fuente de optimismo que definí mentalmente como verdadero padre de la criatura. Era una deducción hasta cierto punto lógica. A partir de ahí lo único que hice fue intentar no caer al suelo con el bebé. Durante algo de tiempo logré disimular un poco de afecto por ambos solo porque nada o nadie lo prohibía. Casi desfallecido se lo devolví como quien devuelve un trozo de metal al rojo vivo al mar, y dije:

—Es un ángel grueso y mocososo de futuro incierto e irreversible.

Aunque lo peor de todo llegó cuando a pesar de la objetividad de dicho comentario, sentí que había dejado de entender el motivo de su enfado. Algo extraordinario había sucedido, y solo era el principio de una aventura increíble.

INGRESO HOSPITALARIO

Mediodía del domingo:

Unas simples cuestiones a los que tras largos años de investigación saben más que yo mismo sobre este asunto: ¿Por qué cerca de la pérgola expuesta al sur cubierta de madreSelva y en la parte superior con tejado de pizarra, dentro del cilindro formado por seis castaños, cinco hayas jóvenes con hojas de fuerte tonalidad púrpura, cuatro álamos, tres aligustres y ocho almendros no volví a casa por donde vine? ¿Por qué saltaba Rober con energía? ¿Qué motivo lo llevó a acercarme de la mano al primer quercus ilex, o chaparro grande, de hojas pilosas y cerosas? ¿Cuál fue la razón última por la cual una vez sentados bajo su copa, la relativa esponjosidad del césped nos dejó enfrentados al caleidoscopio de tonos entre verdes oscuros y cobaltos, pasando por aguamarinas?

Con uno de sus inmaduros movimientos, Rober señaló un punto cualquiera sobre él. Tras una pequeña pausa preguntó: «¿Por qué el cielo es azul?» Yo, un espécimen de tamaño medio, más bien delgado, de ojos negros, nariz mediana, pelo castaño oscuro y frente de cuatro dedos dudé entre si adoctrinar sus 4,3 giros al Sol, o satisfacer la innata curiosidad de su personalidad a través de una serie de fábulas creídas a pies juntillas.

En dicha ocasión puse la cara de ogro bueno que solía hacerlo reír todas las mañanas al despertar. En cambio, el silencio y la tremenda calma de la tarde terminaron llevándome a un monólogo sobre el extraño, aunque hermoso, incoloro, inodoro e insípido mundo repleto de vacío. Ahí fue cuando le hablé de partículas ele-

mentales, campos electromagnéticos, gases atmosféricos e interacciones desarrolladas conceptualmente por grandes investigadores. Desarrollé vida y teorías de John William Strutt, Snell e incluso le hablé sobre el profesor y químico británico Williams Ramsay a sabiendas de que todo hierro puede formar una aleación, y todo acero aleado un hermoso cigüeñal con el tiempo que Rober no había tenido a su disposición. A pesar de todo Roberto —como le decimos en los buenos momentos—, o su pequeña cabecita, atendía sin protestar sobre la yerba. Si en alguna ocasión me preguntan sobre este encuentro, responderé con una sonrisa en los labios que pasó un grato momento junto a una suerte de erudito de andar por casa. Su padre era un tipo dócil, de sonrisa fácil y trato agradable. Sinceramente, jamás hubo grandes desencuentros entre nosotros. Seguro disfrutó sin límites una descripción tan inoportuna que clavó sus garras en el proceso de su maduración personal.

Minutos después la vibración del aire provocada por la tarde parecía contraerse y expandirse. Las tres chicas y los cinco chicos aparentemente mayores que él, idea apoyada por el tamaño de sus extremidades y la lentitud de sus movimientos, se relacionaban entre ellos alrededor y sobre uno de los bancos de madera marrón a la sombra. Por contra y relativamente cerca de las falsas acacias y los ombúes, la encina tamizaba los rayos de sol sobre la cabeza expuesta a los efectos narcóticos de la digestión.

Poco más tarde y sin saber cómo me llegué a dormir, desperté con los ojos de un sauce llorón expuesto a la tierra suelta de un despeñadero. La razón era el conocido y estruendoso modo de llorar de Rober. A pesar de su corta edad, había sido arrollado por uno de los chicos. Traía la boca llena de césped retorcido como el vello púbico. De ahí que tuve que olvidar rápido el placer del tiempo de entreguerras para ir con él al surtidor de pie herrumbroso, pedestal de hierro fundido y pulsador, más cercano. Poco más recuerdo de ese día, excepto quizás, el modo en que extendía sus pequeños brazos hacia mí mientras iba en los de su madre camino a la salida noroeste. En ese instante la catarsis rompió en mil pe-

dazos el mal llamado por mí Sofisma del amor eterno. Sentí con claridad la parálisis en pie sobre el mismo punto y noté la suave llegada al estado previo al coma, o cómo de modo contrario a lo que J. J. y muchos otros u otras expresaron, incluso años después, yendo de forma clara contra el consenso del ámbito hospitalario o contra mi propia opinión, toqué la enfermedad que de repente me acercó a la Nada (espacio previo a la nada), el ámbito donde los inconvenientes no existen y nuevos caminos a recorrer sin querer se abren aun con la pretensión de ver a uno de los que como resultado de todas las conjeturas posibles llegué a denominar: mecánico del cuerpo, frío y distante, con capacidad para calmar las aguas de un río completamente revuelto.

Lunes:

En la tarde volví a pisar el césped con ganas de recordar palabras y gestos en busca de una respuesta bajo la salvaguarda del refugio de madera viva. Bajo la copa del hermoso, aunque sencillo árbol, pronto recordé el regalo de la hospitalización en el Provincial, y cómo en él, lejos de mejorar, sufrí por un “infante de calor” hasta que recibí el alta médica.

No habían pasado cinco minutos desde que salí del ascensor con el estómago lleno y ya había ido arrastrando los pies sobre el piso del amplio recibidor. Hacía tiempo que me sentía afectado por el cambio térmico anticipado frente a la ventana cerrada de mi habitación, previa despedida a mi propio reflejo sobre el espejo del baño reformado con azulejos blancos con bisel. En esas condiciones, la maneta de acero inoxidable izquierda de la puerta de cristal dividida en dos partes podía servir de plomada, mientras la derecha, ligeramente torcida hacia el lado contrario, parecía insertible. Aun así, había logrado agarrarla, tirar de ella, salir y avanzar por fuera bajo el techo de hormigón unos metros hasta las escaleras de granito. El barrio frente a mí parecía interactuar con la luz como de costumbre, pero a mi cabeza le costaba un mundo

formar el espacio útil sobre el que debía moverme entre improntas policromas recién construidas. La consecuencia de la complicación fue el avance algo lento. No obstante, logré entrever entre la pared de aire el parque entre P. Espinosa y Menéndez Pidal. Una vez allí y por el complejo, aunque efectivo proceso mental que puede aislar a cualquiera de los jóvenes del día anterior, conseguí llegar al espacio que volvió a ser uno de mis favoritos hasta que, con el pie sobre la hierba reseca por el verano, justo bajo la copa del quercus, todo quedó a oscuras y en silencio a pleno día. Apenas recuerdo el instante previo a ese y cómo de repente quedé sin capacidad de reflexión, conciencia o expresión a merced del placer más insípido, el devenir del metabolismo y la respiración más deslocalizada animado simplemente por la energía acumulada en la turba durante los meses de marzo y abril. Aquello era algo compatible con la parálisis y el cosquilleo del tamo, así como con el goce provocado por el toque de la radiación y el golpeteo estructurado de la melodía silenciosa con el efecto de *La Flûte Enchantée*. De modo que los chicos una vez descubrieron que yo no podía moverme, pues no lo había hecho durante algo más de media hora, dicen, me cubrieron con trapos, quincallas, botes de plástico, clínex y todo tipo de restos... Finalmente me bajaron los pantalones y los calzoncillos. Y así quedé hasta que llegó la noche y una joven de unos 15 años se apiadó de mí e intentó sacarme de lo que J. J. llamó *afán introspectivo del árbol seco y pobre*. Porque a pesar de que el cuerpo maculoso que un día fue consciente era la viva imagen del ciclo vital y de la tácita variación de la rutina diurna, yo seguía en la inopia. Y no recuerdo otra cosa, más que el estado en el cual el vacío conspicuo y el silencio llegaron a ser los verdaderos protagonistas de la historia con final en el hospital Provincial.

CAMINO A LA AURORA.

EL ENCUENTRO

Martes por la mañana.

Se despertó con una necesidad inhumana de ir al baño. Parecía nadar sobre un océano de agua dulce, así que tuvo que levantarse con una mano en la entrepierna para no hacérselo encima. Durante uno de los pequeños saltos cerca del costado derecho de la cama encontró un par de zapatillas. El colchón era grueso y duro. Parecía vestido con un bonito y claro juego de cama recién sacado de su caja, así que abrió la pesada puerta con cuidado.

Su sorpresa fue pequeña al principio, pero al dejar el inodoro y salir con otro modo de ver la realidad se encontró en un corredor de unos 30 metros de largo por tres de ancho. Todo parecía vacío, aunque lleno de luz. La gravedad del momento lo llevó a pensar, casi sin querer, que este espacio largo y relativamente estrecho debía de tener un reloj a disposición de los clientes. El murmullo de los tubos fluorescentes y, sobre todo, el espacio disponible, el orden, la limpieza, la calma..., lo hicieron caer en la cuenta del flaco favor nocturno de los sueños ajenos que en semejante momento lo enfrentaron en solitario a un camisón azul cerrado por el dorso con dos cintas arriba y dos en la cintura. Este presentimiento fue apoyado por la oscuridad tras el ventanal blindado situado a su espalda, pero también por el aluminio gris que, como parte del final del corredor contrarrestó el aluvión de ideas, recuerdos y futuribles previamente encajado bajo la luz de su pequeño cajón

desastre. Solo tuvo que mirar dos veces la puerta cerrada en el otro extremo para asumir que lo que parecía parte de una galería de arte del Williamsburg neoyorkino, era algo muy distinto a un motel de carretera, un hospital como los de antes. El conocimiento basado en la experiencia había estado excluyendo lo que hasta entonces había sido un tema tabú para él, pero con el supuesto régimen de visitas impuesto por su nuevo modo de vida, ahora pensaba que podía opinar sobre su contenedor. Anduvo sorprendido de cara a la salida y a su dormitorio. Por fin tendido sobre la cama, tapado con la sábana blanca, reflexionó bajo la luz indirecta de su cabezera sobre los acontecimientos que pronto formaron un nudo en el esófago.

Tras unos cuantos minutos marcados por la introspección bajó de la cama.

Pronto volvió a encontrarse en la falsa galería situada entre el cristal de seguridad de la ventana y la doble hoja pintada en blanco roto de la puerta principal. El corredor parecía limitado lateralmente por entre 18 y 20 puertas cerradas o entreabiertas del mismo color, distribuidas por mitad en dos paredes grises. Arriba por el techo blanco inmaculado. Abajo por un piso gris perla con reflejos de luz artificial. De camino a los dos paños de madera con ojos de buey bajo el rótulo EXIT, sobre el costado derecho —visto de cara a la entrada— y a unos ocho metros de la pesada puerta de acero contrachapado de su habitación individual, encontró el pequeño mostrador de madera de roble con algunos útiles de oficina. Justo por detrás de la silla de estudio tapizada con tela ignífuga burdeos había un espacio parco tanto en tamaño como en colores fuertes, a excepción de la puerta a su espalda un poco más estrecha de lo habitual color azul turquesa. Después de una larga sucesión de «holas» y de «¿hay alguien ahí?», apareció una enfermera de o muy al norte o muy al sur. La corpulenta asistente despertó frente a él.

—¿Puede decirme en qué hospital estoy? —su pecho contuvo la respiración—. Se lo aseguro, no lo sé —dijo un hombre ni recio, ni flaco, ni pálido ni fuliginoso.

La joven de treintaipocos años vio natural su comentario, de modo que respondió:

—En el mismo que ayer, ha cambiado poco o nada.

En cambio, frente a un perfil menos patético de lo habitual, le indicó: en el Hospital Provincial, pero no se preocupe, a esta unidad solo viene buena gente y por poco tiempo.

Desesperado, su interlocutor se afianzó las cintas a la cintura y como el hombre sensato que fue, habló con cuidado.

—Necesito hablar con el doctor, mi habitación es la 315.

Ella confirmó su buena predisposición con una sonrisa, pero él pasó el martes festivo a solas disimulando su nerviosismo. Su estado lo haría vagabundear durante unas horas por el pasillo, fluir entre lo que parecía gente atormentada por un dilema universal. Le costaría mezclarse. Ya en el mostrador quiso ser alguien con quien una especie de turba melancólica anecdóticamente solitaria no pudiese congeniar, por mucho que este último punto lo uniese a ella.

Súbitamente pensó que todo era fruto de la casualidad. Con ello consiguió otros diez minutos frente a los archivadores y los fungibles propios de su nuevo hogar.

—Mantenga la calma. No tuvo prisa cuando llegó, tenga menos ahora durante el tratamiento —oyó decir. La chica de grandes ojos negros volvió a centrarse en su tarea administrativo-hospitalaria.

Sorprendido por el tono de su voz y por algo que él mismo fue capaz de insinuar o transmitir con la boca cerrada, se alejó del mostrador. A continuación, volvió sobre sus propios pasos hacia la puerta que en esta ocasión encontró cerrada a cal y canto. De repente, el pequeño desconchón de la chapa a la altura de los ojos lo hizo imaginar otros rincones execrables, oscuros, impopulares, húmedos; parajes donde el rencor y el odio son habituales; recintos donde la masificación y la cosificación son el pan nuestro de cada día. Si ahí, frente a la frontera de su nuevo universo, lograba la correcta proporción de sus actitudes, de sus funciones vitales, si al ver otras 100 veces el golpe provocado por un dolor de cabeza conseguía recuperar el equilibrio perdido y, sobre todo, finiquitar

un conjunto de ideas parcialmente nocivas, daría por buenos los pasos sobre una unidad de salud mental en la que, por cierto, nadie sufre eternamente.

Una vez dentro esperó sentado sobre la cama a que alguien cruzase la puerta.

—Coma algo. Verá cómo le vuelve la memoria —dijo una joven acompañada de una auxiliar muy pequeña y delgada.

Esta última puso el desayuno sobre una mesa de cama antes de marcharse. Una vez a solas con la primera, él comenzó a caer en el color blanco y la forma rectangular de su entorno.

—No es por falta de humildad, se lo aseguro, pero debe de haber un motivo —se apresuró a decir con la mano derecha en el corazón.

La joven le respondió con oficio algo negativo. Después de comprobar el cierre de la ventana, hizo un comentario sobre las vacaciones y los deberes que todos, incluido él, debían tomar y aceptar a la luz de la prescripción médica por el bien de su salud mental.

«¿Qué me importa a mí hoy la claridad o la fragilidad de mi mente...? ¿Qué me importan las consecuencias de mi comportamiento donde sobran insensatos y cargos medios con migajas?», pensó él con cara de pocos amigos.

Traspasada por la mirada, la chica de iris claros marchó con habilidad a pesar de su juventud dejándolo en un estado de angustia difícil de justificar. Él, por su parte, pasó el día y la noche bajando de la cama, subiendo y bajando del colchón de muelles, recorriendo el espacio situado entre él y la puerta, el corredor en ambas direcciones. A su vez pasó varias horas observando los alrededores del hospital a través de una u otra ventana de la tercera planta.

A las 12:05 de la tarde —una hora señalada por lo que sucedió— había ido a mirar por uno de los ojos de buey. Con solo tres pacientes en el corredor, su idea le había parecido segura. De hecho, le resultó fácil recorrer en silencio el camino hacia el cristal derecho, a pesar de que ello lo expuso con cierta rapidez al rellano

de escalera de mármol blanco y al tramo descendente cercano a la doble puerta opuesta que, como reflejo de su propio mundo, lo enfrentó a un tipo de cara enjuta y plante delgado. La visión de su pelo rasurado a unos tres metros y medio de distancia, de los enormes pómulos marcados bajo los ojos dirigidos a él tras el círculo de cristal mientras sonreía con la cara desfigurada por semejante enfermedad mental lo llevó a recular con fuerza. Al otro lado había todo un espejo de posibilidades demasiado cercanas a él. Aquello lo hizo volver a toda prisa al reconocido espacio de su habitación. Solo quería ver el paisaje afuera repleto de «pequeños himenópteros» y «gorgojos bípedos», o todo ser que pudo ver e imaginar al otro lado de la ventana para luego poder sentir en calma bajo la sábana, la respiración a través de estomas y el vello del envés de las hojas que lo debían hacer soñar con una salida alejada de los malditos ojos de buey.

—Buenas tardes, traigo su comida —oyó decir cuando más lo necesitaba.

Después de agradecer la visita con una sonrisa desigual, comió una sopa fría de berros y yogur.

Apenas dejó una cucharada sobre el cuenco blanco de pasta situado sobre una bandeja verde.

—¿Dónde está el resto? —preguntó.

Sin respuesta, una vez quedó solo, su apetito quedó sepultado bajo la gruesa capa de quejas e insultos de uno de aquellos pacientes. De improviso y después de una especie de súbita callada sonó un golpe seco y ubicuo que lo hizo temblar de la cabeza a los pies. Devuelta la calma al dormitorio su atención quedó centrada en la puerta antesala al corredor. En esta ocasión oyó una larga retahíla de insultos dirigidos al personal de planta. Media hora después aquello llegó a convertirse en algo difícil de soportar para alguien con cierta sensibilidad, pero, sobre todo, de mantener por alguien

común y corriente. Tres pausas después impuestas por el voluntarioso profesional sintió que debía de bajar de lo que él consideraba ya el tálamo de los irreverentes contra los graves insultos a gritos y él mismo. Vestido con el camisón y las zapatillas bajó por el lado más cercano a la ventana. A continuación, pegó media cara a la pared del cabecero en busca de una pista sobre la procedencia exacta de los sonidos. Disconforme con el cálculo hecho a partir de una de las quejas a grito pelado salió al pasillo. Cuatro puertas más allá hacia la salida, deambulaba camino al ventanal del fondo, un joven tripudo de aspecto amenazante con el pelo negro muy rizado. Allá, de costado a los rayos de sol había una joven de piel clara y apariencia frágil. Parecía concentrada en el vaivén de uno de sus compañeros. Frente a ella había otro hombre grueso, calvo y velludo. Su piel era grasa y hasta bituminosa. Este oscilaba hacia delante y hacia atrás con la parte baja de la espalda unida a la pared opuesta. Tenía las manos atrás y la cabeza adelantada. El paciente bamboleaba parte del tronco impulsado por el suave, aunque extraño, compás de la barbilla y la cabeza en su totalidad. Él, por su parte, afectado por la curiosidad, el aparente oportunismo y la calma había aprovechado esta última circunstancia para atravesar por completo el límite del dormitorio. Sin otra cosa en la cabeza que no fuese frenar la serie de quejas y amenazas que no lo dejaban descansar introdujo la cara entre el marco y el grueso canto de la puerta contigua entreabierta, aun cuando así ofrecía sin más la espalda a un joven que iba lentamente hacia la extraña pareja y la ventana pensando en sus cosas. Con solo sentir el rastro de anormalidad por detrás, así como la oscuridad al frente, tomó inconscientemente la decisión de hablar previa inhalación de un poco de aire. Estaba enrarecido.

—¿Puedo pasar? —preguntó con la voz quebrada y medio cuerpo dentro.

Sin respuesta, cruzó de nuevo la línea hacia lo que más tarde llamaría «el sinretorno». Aún extrañado del fuerte olor a cerrado, pero también de la falta de luz, y del silencio precursor de la ines-

tabilidad, encajó la puerta tras de sí en busca de una señal de intimidad. Solo deseaba ser alguien que hace cosas normales separado en lo posible de quienes pueden opinar sobre ello. La única luz provenía de la última y larga fila de rendijas al fondo. Era el único punto de luz hasta que la puerta se desencajó sola. Esta última dejó pasar un hilo en vertical y aun así le costó discriminar entre una especie de pecio semidestruido a tres o cuatro pasos de él y la forma de la ventana. «Bastardos», gruñó el pequeño aunque contundente volumen de carne sentado sobre el escay apartado de los pies de la cama si, como en el presunto universo paralelo en que mueren las persianas sobre los alféizares, todo, incluidos los pequeños armarios metálicos a la derecha y las sillas, es gemelo a lo que incluyen otros donde la luz progresa.

—Meterme aquí... —sentenció la oscura forma de menhir chato o sin punta del revés—, ahora todo irá de mal en peor —refirió un poco más allá del piecero metálico, sobre el área libre del dormitorio—. Pervertidos, cornudos —espetó. No contento con repetir algunos insultos en voz baja, el actual inquilino de la 313 empezó a unir ordinarièces con frases inconexas frente a la forma del camión en aparente *rigor mortis* al suave contraluz. Sin embargo, lo que fuese que había dentro protestó.

—Si no fuese mucho pedir que baje un poco la voz —refirió—, no sabe cuánto se oye al otro lado de la pared —señaló él con los cinco sentidos pendientes de los movimientos de una suerte de pequeño bisonte sentado sobre los cuartos traseros—. Tanto sobresalto es justo lo que necesito para terminar de desquiciarme —en este punto su pequeño pero robusto y aparentemente tosco interlocutor abrió los ojos un poco más para rasgar el aire. La semioscuridad reinante unida al miedo vestido de cuestión lo llevó a sentir el inquietante, aunque suave movimiento de hombros de una forma que por sorpresa merecía la duda del beneficio. El «usufructuario» de la pequeña silla, parece ser, llegó a ver en él un socio lleno de posibilidades. A juzgar por su ropa parecía moverse como todos sobre arenas movedizas.